

Spitzer. No diré siquiera lección, porque nada más temerario que aleccionar sobre cuestiones de gusto y de arte. Es sólo una sugestión, pero saludable... En Arte, la copiosa, exuberante, lujosa y florida fantasía cansa, se desvanece y pasa, y sólo hay eternidad para la belleza pura y sencilla.

1893.

## XVIII

## ESPIRITISMO

Hace días, en una de las raras tardes de este hocico invierno en que el cielo difundió alguna dulzura y un poco de sol descolorido, un amigo mío, E. P. (1), que se ocupa de espiritismo, de teosofía, de magia y de ciencias ocultas, por diletantismo intelectual, deseó que yo le acompañase al Centro Espiritista, en París, donde iba a contratar *mediums* y magos para una experimentación solemne de fenómenos psíquicos.

Y yo accedí, más por la seducción del sol color de canario que suavizaba la tarde, que por la curiosidad de esas artes negras que no se combinan con la nitidez y la simplicidad de un espíritu latino.

El Centro Espiritista, en París, es en la redacción de la *Revista Espiritista* (creo que los adeptos vernáculos (2) dicen *Espirita*). Y luego este local me pareció bien característico de nuestro siglo escriboteador. En la antigüedad, un centro serio de lo sobrenatural

(1) Este es Eduardo Prado, gran amigo de Eça, y Director de un importante periódico del Brasil y a quien el novelista pintó en los rasgos de Jacinto, el protagonista de *A Cidade e as Serras*.—N. del T.

(2) Es decir, los adeptos de Portugal que quieren emplear el lenguaje vernáculo o castizo.—N. del T.

sería una floresta como la de Brocelandia o una caverna como en Samotracia, o un rico templo, bien pertrechado de sagrarios tenebrosos y de terrores, como los de Dodona o Delfos. Hoy, es un escritorio de periódico con etiqueta a la puerta, campanita y esterilla. Por lo demás, todas las religiones nacientes se alojan burguésmente. Hasta el tiempo de Trajano, las asambleas de los cristianos, las *iglesias*, eran en terceros pisos de fincas alquiladas, en cubículos tristes, mal alumbrados por dos o tres lámparas de barro, que los diáconos traían escondidas bajo los mantos.

La capilla espiritista está también en un tercer piso pacato de la calle Chabannais. Son dos pequeñas salas, de pisos gastados por las botas de los *mediums*, con reverbero de gas, decoradas de estantes, donde se acumula, en filas densas, la literatura del Ocultismo. Los libros en nada se parecen a esos infolios sombríos y temibles, encuadernados en piel humana, con pesados tejuelos de hierro, que antaño hojearan los Nostradamus, los Faustos, los Mágicos de Toledo. ¡Al contrario! No hay aquí sino amables y ligeros volúmenes, encuadernados en cubiertas alegres, amarillas o color de salmón, a tres francos cincuenta céntimos. Pero si no imponen por su majestad sombría, asombran por su abundancia fecunda. ¡Justos cielos! ¡Qué prodigiosamente se ha escrito ya sobre el espiritismo! ¡Cuánta afirmación sobre tanta incertidumbre! Son tratados, guías, confesiones, compendios, monografías, historias, sistemas, vulgarizaciones, selecciones, diálogos, poemas, y todo versando sobre nada. ¿Sobre *nada*? ¡No! Sobre una posibilidad, sobre una nube que tal vez esconde a Juno o más bien a Psiquis, la Psiquis real y viva... Una fuerza existe, encerrada en lo más recóndito del ser, y de la cual sorprendemos, aquí y allí,

de años en años, una manifestación fugitiva, indecisa, mal comprobada, como un puntito de luz indistinto, luego escondido, que refulgiese vagamente en una vasta bóveda de tinieblas. Y sobre este punto de claridad, inciertamente entrevisto a través de un agujero diminuto, ya diligentes escritores compusieron e imprimieron diez mil volúmenes!... En la antigüedad, con eso se habría hecho escasamente un verso, un epigrama. Tal es, en este siglo de papel, nuestro desalmado furor de escribir, *scribendi sacra fames!*

Mientras yo recorría, asombrado, las densas hileras de prosa ocultista, mi amigo interrogaba al secretario de redacción, un mozo recio y colorado, de pluma detrás de la oreja, que indicaba *mediums*, ensalzaba prodigios, con método, hojearo libros de administración, como un celoso cajero de lo sobrenatural. Arrancó luego vivamente a mi amigo dos suscripciones a la *Revista Espiritista*. Quitándose la pluma de la oreja, anotó en una bella letra cursiva direcciones de casas que suministran *mesas giratorias*. Y, risueñamente guiados por él, penetramos en otra salita, forrada también de libros ocultistas y donde ardía una lumbre pálida en una chimenea adornada con el patrocinio del busto de Allan Kardec. Allí precisamente había un hombre, un viejo, agazapado en un escabel bajo, inclinado, calentándose las manos al fuego; y al cual nosotros sólo veíamos los largos cabellos blancos y el mac-ferland que le caía de los hombros hasta el suelo, en pliegues copiosos de manto antiguo. Nuestros pasos, nuestra conversación no le perturbaron. De espaldas, encogido junto al fuego, todo él nos parecía, en aquella postura familiar y hogareña, una simple peluca blanca, de un blanco sucio, puesta a calentar sobre una peana que un paño negro cubriese.

Mi amigo insistía entretanto con el secretario, reclamando *mediums* (el secretario decía *intermediarios*) que ejerciesen un dominio definitivo sobre las cosas inanimadas; y obligasen a las mesas a subir al aire como santos en éxtasis y a las sillas a girar como faunos en una bacanal...

El secretario se rascaba la barba pensativo:

—Difícil, muy difícil. ¿Ya experimentó a Madame Ravier?

Sí, mi amigo ya había experimentado a Madame Ravier... ¡Oh, pero Madame Ravier!... Bajo sus dedos afilados y lívidos las mesas adquirirían una mudez y una estabilidad de bronce. Y después era en extremo desagradable el tono gruñón y lacrimoso con que invocaba a los espíritus.

El secretario volvió a rascarse la nuca:

—Difícil, muy difícil... ¡Si estuviese aquí Samperini!

—¿Quién es Samperini?

—¡Samperini! ¡Vaya una pregunta! ¡El gran intermediario italiano! ¡Samperini! Pero desgraciadamente está en Italia, en Milán, donde ha asombrado a la Facultad de Medicina. ¡Oh, milagros enormes y comprobados por fisiólogos, por cirujanos! Samperini es monumental. Sólo le tenemos en París por la primavera, en mayo. Sufre de los bronquios Samperini. Hay también Slade. Pero Slade está en Chicago...

Entonces, de dentro de la chimenea, donde la cabellera blanca se sumergía más, aprovechando el calor postrero de las brasas mortecinas, surgió una voz lenta, reposada, penetrada de autoridad y certeza.

—Slade salió ayer de Chicago para New York. Slade es hábil...

El secretario encogió al punto los hombros y lanzó

una mirada y tuvo un movimiento de los brazos rollizos que significaba: “¡El maestro habló! ¡El maestro sabe!” Y mi amigo, a quien la curiosidad consumía, como a mí, interpeló entonces tímidamente a aquellas espaldas misteriosas, cubiertas del mac-ferland:

—¿El señor conoce a Slade?

Lánguidamente el hombre extraño giró sobre el escabel y mostró por fin la faz—una faz macerada, cavada, color de antiguo pergamino, con tonos azulados en las sombras, como tienen los cadáveres, y erizada de una barba grisácea y recia. No respondió a mi amigo—y quedó con los ojos puestos en él, unos ojos de donde se había retirado toda la luz viva, parados, casi vidriosos. Después, sacando de las profundidades del mac-ferland las manos flacas, más amarillas que el limón, que cruzó sobre las rodillas, murmuró, meditativamente, sin quitar de mi pobre amigo la mirada inanimada y helada:

—Estoy reconociendo en usted un *medium* y un vidente...

A esta imprevista y espantosa revelación, mi amigo retrocedió tan bruscamente, que vino a dar con los hombros en el estante, contra la literatura ocultista. Por fin balbuceó:

—¿Un vidente? ¿Está reconociendo en mí un vidente?... ¿Por qué?...

El hombre replicó con sencillez:

—Porque veo. No es un ver con los ojos, sino con el alma, que penetra en la suya y le descubre el poder latente. El señor puede (si a la facultad junta la voluntad) presentir lo futuro y contemplar lo invisible. Pero esa fuerza no le pertenece propiamente por ser en sí innata e inmanente; se la comunica un espíritu que le acompaña.

Mi compañero exclamó con legítima emoción:

—¿Un espíritu que me acompaña? ¿A mí?...

El hombre tenía los ojos vitreos clavados en mi amigo o más bien en un punto sólo para él visible por encima del sombrero de mi amigo. Y repitió con una impasibilidad grave:

—Sí, que le acompaña, que está junto a usted.

Mi amigo dirigió su mirar desfavorido a todos lados:

—¡Aquí! ¿Junto a mí?

—Junto a usted.

El secretario, entretanto, alargaba los brazos, en el gesto de plena aceptación y reverencia que significaba: "Si él lo dice... ¡Qué hombre! ¡Qué maestro!" Y mi camarada, que se había tumbado sobre una silla, aplastado por la revelación, terminó por murmurar:

—¿Es un espíritu bueno o malo?

Sin descruzar las manos de las rodillas, ni desviar la fijeza del mirar abatido, el hombre dijo:

—Excelente. Es un espíritu que sólo conoce los caminos rectos y sólo por caminos rectos conduce.

Mi pobre E. P. respiró:

—Está bien. ¡Al menos hay esa seguridad! ¿Es el espíritu de alguien que yo hubiera conocido, que me perteneció?

El hombre contempló nuevamente el *punto fijo*, sólo para él perceptible, por encima del sombrero de mi amigo. Y en el mismo tono sereno y seguro:

—No, no lo conoció. Pero es el espíritu de alguien que le perteneció, un espíritu doméstico. ¡Es la hermana de su padre!...

Mi compañero tuvo como un vago gemido de asombro. En efecto, una hermana de su padre muriera, muy joven, hacía cincuenta años, dejando entre todos los que le habían amado una memoria, nunca desvanecida,

de inteligencia y dulzura. Y era tan imposible que este hombre, en este tercer piso de una calle de París, conociese la existencia de aquella señora, muerta en 1840 en el Brasil, como era imposible que nosotros conociésemos el nombre del soldado que a esa hora se hallaba de guardia en una de las puertas del palacio imperial, en la ciudad maldita, en Pekín... Mi amigo limpiábase el sudor de la cabeza y balbuceaba: —¡Prodigioso! ¡Prodigioso!

Entonces, más para que descansase un momento y se equilibrase el alma trastornada de mi amigo que para comprobar si también me envolvían influencias sobrenaturales, interpelé al hombre, alegremente (1):

—¿Y a mí? ¿También me acompaña algún espíritu?

El volvió hacia mí la faz de pergamino vetusto y sin vacilación, con su tono sosegado y seguro, contestó:

—Ninguno...

Sentí una tranquilidad mezclada de humillación. Y bromeé con la temeridad de quien está fuera del misterio, en la alumbrada y sólida región de la realidad:

—Camino, pues, en la vida sin ser acompañado, sin inspiración trascendente, sin Egeria, sin voz socrática!

Pero el hombre ni me atendió, sólo interesado por mi amigo, a quien contemplaba una complacencia, conservando siempre en cruz sobre las rodillas las manos transparentes.

(1) No debió ser tan escrupulosamente histórico como se puede suponer aquí el novelista, pues nunca pudo demostrar gran alegría en estas escaramuzas de espiritismo con Eduardo Prado, el novelista lusitano, puesto que era hombre muy supersticioso, según testimonio de todos sus biógrafos;—asimilándose en esto a Zola, según la declaración del Dr. Toulouze... "Supersticioso como un hespanhol—dice Antonio Cabral—em tudo via maus presagios, agoros, enguiços." (*Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra*, 1.ª parte, cap. III, pág. 148; Lisboa, 1916).—N. del T.

—A veces, muchas veces, somos seguidos por espíritus y no sentimos su influencia. Así una piedra está envuelta por el sol y no tiene conciencia ni de la luz ni del calor. Es necesario que el alma, por educación o por esfuerzo, se afine, se sutilice, adquiera una tal *super-acuidad*, ¿cómo diré?, un tan libre y fino poder de penetrar en lo invisible, de fundirse, de consubstancializarse con él, que los espíritus se le tornen visibles y comprensibles, audibles y tangibles, como las formas son para los sentidos...

Sólo entonces la influencia de los espíritus es real y activa. Estamos desde luego delante de ellos como discípulos ante maestros omniscientes. Es en esos momentos cuando ellos nos pueden guiar, enseñar, revelar... En realidad es como si momentáneamente esta forma material de nuestro cuerpo, que encarcela el alma, la limita, le comunica todas las cualidades de la materia y le impide el ejercicio espiritual en toda su plenitud, perdiese su densidad, su opacidad de muro, y el espíritu que está en nosotros y que forma nuestra individualidad y los espíritus ya libertados que vagan por el espacio, pudiesen irradiar mutuamente y confundirse como luces a través de una vidriera... No está bien esto. Pero ¡el verbo humano es tan impotente!... Ahora bien, esta comunicación, aun para los más favorecidos, para los más *espiritualizados*, no siempre se puede dar—y hay períodos de semanas, de meses, en que el alma está como incomunicable, cerrada dentro de su cofre mortal. ¡Y es lo que me sucede a mí! Yo escribí un libro, un libro definitivo...

El secretario corrió al estante, gritó, blandiendo un volumen de cubierta roja:

—¡Está aquí! ¡Un libro admirable! ¡Trescientas páginas! ¡Y todo verdadero, comprobado!...

El hombre prosiguió gravemente:

—Sí, es un buen libro. Hay ahí una metafísica tan rigurosa como una geometría. Por lo demás, no fui yo quien lo escribí. Todo él me fué dictado por los espíritus, línea a línea. ¿Y sabe cuánto tiempo gasté en componerlo? ¡Siete años!... Es verdad... ¡Trescientas páginas en siete años! ¿Y por qué? Porque mi comunicación con los espíritus era irregular y rara. Transcurrieron semanas, largos meses, en que había en torno de mí como una soledad y un silencio de destierro. Después, un día, a veces, en los momentos más incómodos, al calzar las botas, al entrar en un ómnibus, sentía bruscamente el impulso de coger el lápiz... Siempre llevaba conmigo papel y lápiz. Y el lápiz corría sobre el papel, desordenadamente, en garabatos informes, sin que yo tuviese conciencia de lo que escribía o más bien de lo que el espíritu escribía por mi pobre mano. Era siempre una frase, a veces un período. Estos fragmentos juntos uno a otro, como pedazos de mosaico, formaron al final de siete años un libro. Sólo lo leí después de impreso. Y era perfecto...

—¡Sublime!—agregó el secretario, con una convicción magnífica.

Y el hombre prosiguió siempre inmóvil, como un ídolo contemplando serenamente a mi amigo:

—Ya se ve por este caso mío que se puede andar acompañado de un espíritu tutelar, como ese que a usted le sigue, sin que el alma lo presienta o lo sospeche. ¿Por qué? Porque no se estableció la afinidad espiritual. El espíritu está ahí a su lado. Pero ¿qué importa si su alma yace muy en lo hondo, inerte, bajo densas capas de materialidad? Por eso le avisé caritativamente. Ya conoce al espíritu que le sigue; sólo le resta romper, por el esfuerzo, por la educación especial,

el muro bruto de la materia y remontarse a la pura espiritualidad. El espíritu gentil está en espera suya...

Y de repente, sin que le sintiéramos moverse, el hombre apareció de pie, crespo y rígido. Era extremadamente alto y su mac-ferland negro descendía hasta el suelo.

Mi compañero aún extendió la mano, imploró una aclaración:

—Pero... esa educación especial para que yo pueda romper la materia ¿quién me la ha de dar? ¿Quién me dirigirá en ese esfuerzo que me haga penetrar en la espiritualidad?... ¿El señor vive en París?...

—Parto esta noche para New York... De aquí a minutos.

—¿Vive usted en New York?...

—A veces. Otras veces en Constantinopla. En la India, también. En Rusia, en ciertos meses... Vagamente, por el mundo...

El secretario accionó con entusiasmo:

—¡Siempre en camino! ¡Ahora aquí, ahora allá!... Anda por el aire. Hace semanas estaba en California. Pasó aquí, calentó las manos, partió para Egipto... Llegó ayer... Viene, se calienta las manos, desaparece... ¡Es prodigioso!...

Yo recordé, riendo:

—Exactamente como Apolonio de Tiana.

El hombre volvió hacia mí con severidad los ojos vacíos y pálidos:

—Es bueno nunca pronunciar en vano el nombre de Apolonio de Tiana.

Secamente, caminó hacia la puerta... Nosotros seguimos, con el secretario, que inclinado y risueño, resregando las manos, "deseaba al maestro una jornada

fecunda en obras". Descendió con lentitud la escalera ya oscura.

Cuando llegamos al portal, donde moría la última claridad del crepúsculo, el hombre extraño se detuvo midiendo la calle con un leve balanceo del cuerpo— como el de una cigüeña que vacila antes de soltar el vuelo. Y súbitamente desapareció.

Mi camarada aún juzgó entrever, a lo lejos, bajo un reverbero de gas, el largo y tenebroso mac-ferland. Pero yo pienso que el hombre, que era una sombra, se fundió en la sombra.

En el carruaje que nos llevaba, mi amigo E. P. hizo estas sabias consideraciones:

—Mi alma, según afirma aquel hombre diabólico, yace enterrada bajo densas capas de materialidad. Créolo. Pero está allí muy quieta, muy confortable, muy feliz. ¿Para qué he de descostrar, cavar y horadar esas galerías de materia, para que mi alma se escape a las regiones tormentosas y aterradoras de la espiritualidad? Es una cosa peligrosa, mi alma así suelta por los aires, en compañía de espíritus... ¿No le parece?

—Así me parece.

—¡Nada! Mi rica almita continuará aquí dentro muy quieta... Y lo más que haré para entretenerla, es cargarle las dosis de Descartes y de Spinoza.

Y como si su cuerpo que, sin embargo, no es flaco ni frágil, no le pareciese suficiente para retener su alma cautiva y segura, mi amigo aun cruzó y apretó con fuerza el paletot en que se envolvía.

Desde esa tarde no aludimos más al hombre extraño del mac-ferland. Esto es todo lo que por ahora conozco del espiritismo.